

«Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo»

TOMO 7

# *El Enviado de Viena*



**Avner Gold**



**EDITORIAL BNEI SHOLEM**

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés  
**Envoy from Vienna**

by Avner Gold

Unico autorizado para la distribución  
y comercialización en español

**Editorial Bnei Sholem**

©COPYRIGHT 2006

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



**EDITORIAL BNEI SHOLEM**

**Jean Jaures 737**

**Buenos Aires ARGENTINA**

**tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158**

**Whatsapp +549 11 5111 2925**

**editorial@bneisholem.com.ar / editorialbneisholem@gmail.com**

**www.bneisholem.com.ar**

ISBN: 987-9096-80-0

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

---

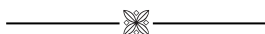
Gold, Avner El enviado de Viena - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2006.

I. Judaísmo. I, trad. II. Título - CDD 296

---

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

# Contenidos



Prefacio a la versión castellana .....	iv
Nota del Editor .....	vi
1•Celebración en Viena .....	1
2•Tras las paredes del ghetto .....	35
3•El Duque de Monteverde .....	57
4•El comerciante de especias .....	83
5•El elector de Brandenburgo .....	121
6•Cartas y mensajes .....	145
7•Encuentro en Spitzdorf .....	175
8•Un cambio de actitud .....	201
9•El carruaje dorado .....	223
10•El benefactor secreto .....	247
Glosario de términos.....	273

## *Prefacio a la versión castellana*

Con alabanza y gratitud al Creador, tenemos el agrado de presentar la versión en castellano de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» por Avner Gold.

Ya desde su aparición en el idioma inglés se ha convertido en un favorito de los niños y adultos de todas partes y se lo ha establecido como un estándar en la lista de lecturas preferidas de padres y educadores.

En los ocho tomos que la componen, el lector se verá transportado a lugares tan distantes como Cracovia, Estambul, Viena y Ierushalaim. Por sus atrayentes páginas desfilan todo tipo de personajes del mundo judío de entonces: niños desaparecidos en conventos, sencillos mercaderes, sabios rabinos, marranos, falsos mesías, devotas mujeres. Aunque mucho de los protagonistas son ficticios, fruto de la imaginación del autor, cada uno de los fascinantes tomos está ambientado en un escenario histórico real cuidadosamente documentado -citando fechas y lugares concretos cuando es necesario-, como ser los pogroms cosacos en Polonia, la aparición del falso mesías Shabetái Tzví o la situación de los marranos en Europa.

A medida que avanzamos en la lectura nos convertimos en partícipes de las alegrías y las tristezas, el heroísmo y la

fe, el amor por la tradición y la santa Torá.

Escrita en un hermoso estilo, en que siempre aparecen también encantadoras descripciones de la vida cotidiana de la época, el lector hispanohablante se topará con un deleite literario que le era totalmente desconocido hasta la fecha en su propia lengua y que gracias al elogio constante que hace de los valores eternos de la Torá, a sus enseñanzas morales aplicables también en el mundo de hoy y a su excelente calidad literaria, se ha vuelto un preciado clásico en hogares judíos de todo el mundo.

Esperamos que este libro despierte un profundo interés y un genuino amor a Di's y a su Torá y que ello origine el anhelo de profundizar en el la aplicación de los preceptos en la vida cotidiana, a fin de elevar su nivel, dado los valores eternos que contiene, para que así muy pronto tengamos la llegada del Mashíaj en nuestros días. Amén.

**Editorial Bnei Sholem**

## *Nota del editor*

El escenario de la epopeya de los Pulichever se traslada a la capital de los Emperadores Hamburgo en el año 5428 (1668) en “El Enviado de Viena” de Avner Gold, el séptimo volumen de la continuante «**Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo**». El libro está basado en los eventos históricos relacionados con la amenaza de expulsión de los judíos de Viena por el Emperador Leopoldo I. Con toda seguridad, las amenazas de expulsión no eran nada nuevo en los turbulentos anales de la comunidad judía de Viena, o en realidad en las otras comunidades judías del Imperio Alemán durante el medioevo, también llamado como “El Sagrado Imperio Romano”. La crisis, sin embargo, provocó una gran conmoción y desolación no solo entre los judíos que no habían terminado de reponerse de la devastación de las masacres cosacas y de la vergüenza del fiasco de Shabetai Tzvi, como también entre los cristianos.

Numerosos factores explican la singular importancia que ha dado la historia a este episodio. Uno de ellos es el tamaño de la comunidad de Viena, mucho más grande que cualquier otra comunidad alemana judía que haya sufrido la expulsión. Pero tal vez lo más significativo fue el nuevo espíritu que invadió a Europa después del Renacimiento, cuya consecuencia fueron las horrendas guerras religiosas del siglo diecisiete.

El mundo sentía que se avecinaba una nueva era moderna, que estaba al borde de ingresar en una época sin precedentes de razón, esclarecimiento y conquistas intelectuales. Por primera vez en la historia, el derecho divino de los reyes era cuestionado y subordinado a los derechos del individuo; en Inglaterra, la “Gloriosa Revolución de Oliver Cromwell”, aunque destinada a terminar en una tiranía propia, había derrocado al rey en nombre del ciudadano. El descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo en las Américas había expandido los horizontes de la humanidad, tanto territorialmente como espiritualmente. La ciencia, arte y la filosofía florecieron como nunca antes, especialmente en la corte de Luis XIV de Francia, el indisputado líder de los monarcas europeos. Solo la fanáticamente reaccionaria España se resistió a esta poderosa corriente de la historia, y recibió a la segunda mitad del siglo diecisiete con una serie de espectaculares “actos de fe” en los cuales muchos cientos de “marranos” y otros herejes contra la ortodoxia católica, fueron quemados en la hoguera.

El nuevo espíritu se expandió a toda Europa – desde el Reino de Suecia al norte hasta Italia en el Sur, desde ambas costas del Canal Británico a través de los multitudinarios estados Alemanes hasta la lejana Polonia - con grandes beneficios para los judíos y otras perseguidas minorías. No hace falta mencionar que el profundo odio por los judíos, alimentado durante siglos en las conciencias colectivas cristianas, no desapareció. Solamente adoptó formas más sutiles para adaptarse al nuevo espíritu. En este clima cultural, el concepto de expulsión por causas religiosas era un

anacronismo bochornoso, y en consecuencia, los eventos de Viena, la ciudad preponderante del Imperio Alemán, fueron vistos con no poca incredulidad.

Además, el sistema bancario internacional y el comercio internacional seguían siendo dominados por empresas judías en esta coyuntura de la historia de Europa, y la presencia de los judíos se consideraba casi un requisito fundamental para que una nación pueda ir a la guerra. Efectivamente, aún en España el sistema bancario era controlado por familias marranas, y su continua persecución coincidió con la declinación económica y militar de España durante el siglo diecisiete. Desde ésta perspectiva, la propuesta expulsión de los judíos de Viena fue considerada por muchos como una absoluta locura política de un Emperador Hapsburgo profundamente preocupado por el creciente poder de los franceses.

Las acciones del Emperador Leopoldo I no son tan sorprendentes, sin embargo, cuando se las examina en contexto con los antecedentes de los emperadores Hamburgos y la naturaleza del “Imperio”. Formado en 4722 (962) por los sucesores de Carlomagno, el Sagrado Imperio Romano incluía a los estados alemanes, Italia y los bordes occidentales del mundo eslavo, y pretendía ser una entidad política y administrativa que unificaría a Europa bajo la conducción espiritual de la Iglesia Católica. En poco tiempo, los emperadores y papas se vieron enredados en una tenaz lucha por el poder que debilitó al Imperio. Además, los príncipes alemanes comenzaron a elegir Emperadores débiles



que no trabarían su independencia. Eventualmente, se instaló un sistema donde el Sagrado Emperador Romano era electo por siete electores hereditarios – los arzobispos de Cologne, Trier y Mainz, y los principados de Sajonia, Brandenburgo, Palatinato y Bohemia – debilitando aún más el cargo del Emperador. Por la mitad del siglo dieciséis, el imperio había degenerado en una difusa confederación de pequeños aunque bien gobernados estados alemanes y principados independientes, con el Emperador ocupando el cargo meramente simbólico de Rey de Alemania. Aunque solo como un vestigio Medieval, se retuvo al imperio como una fuerza unificadora simbólica para defenderse de los poderosos franceses.

Los Hamburgos eran originariamente los Archiduques de Austria. En el año 5033 (1273), el primer Hamburgo fue electo Sagrado Emperador Romano, y después del 5198 (1438), con una breve excepción, solo los Hamburgos accedieron al cargo de Emperador. Los Hamburgos, caracterizados por su extremo fervor religioso y su desagrado por las acciones militares, astutamente utilizaron la posición de emperador para expandir los extensos territorios de la familia archiducal, a través de la diplomacia y los casamientos, hasta convertirse en muy influyentes y poderosos monarcas por propio derecho. El Emperador Carlos V, unificó diversos territorios incluyendo la mayor parte de Europa Central, España, Holanda, Cerdeña, el Reino de las Dos Sicilias y todas las posesiones españolas del Nuevo Mundo. Este imperio resultó ser demasiado extenso para poder ser controlado, y en el año 5316 (1556) abdicó y dividió el

Imperio entre su hijo Felipe II de España y su hermano Ferdinando de Austria. A partir de ese momento, había dos ramas de la familia Hamburgo, la Austríaca y la Española. Miembros de las dos ramas contrajeron matrimonio entre ellos en repetidas oportunidades, y permanecieron aliados en el área de relaciones exteriores durante el próximo siglo, hasta que los Borbones arrebataron el trono de España de los Hamburgos. En consecuencia, aún cuando el espíritu alemán del siglo diecisiete era más acorde con el de Francia y los otros modernos estados europeos, los Hapsburgos mismos favorecían más a las actitudes españolas y eran más susceptibles a sus influencias. Esta era la situación que enfrentaban los judíos al comienzo de nuestra historia.

Es importante destacar que aunque el “Emisario de Viena” es una obra de ficción, los viajes del emisario describen con bastante precisión los esfuerzos de los judíos de la época, y numerosas auténticas figuras históricas aparecen durante el curso del relato. Estas incluyen a Yehuda Leib Winkler, Hertz Coma, Enosh Fraenkel, Yitzak Manoel Teixeira, Emperador Lepoldo I, Emperatriz Margarita Teresa, Melchior Kollonitsch, Reina Cristina, el Elector de Brandenburgo y el General Sobieski.

CAPÍTULO I  
*Celebración en Viena*





lisha Ringel observó detenidamente al bosque austriaco, desde la ventana de su veloz carruaje. Árboles sin ramas se le aproximaban vertiginosamente desde las lejanas orillas del camino, solo para desaparecer a último momento. Conejos y ardillas corrían en la moteada sombra y un ciervo leonado se detuvo detrás de los arbustos para devolverle la mirada con acuosos ojos tristes. Luego, el bosque comenzó a derretirse, y el carruaje se asomó por la cima de una pequeña colina. Por debajo, en la vasta planicie del río Danubio, se erigían los muros y torres de la imperial ciudad de Viena.

El sol de la tarde vistió a la planicie con una suave luz, mientras el carruaje llevaba al comerciante de especias a través de los distritos más alejados de la antigua ciudad. Casas de campo y posadas aparecían cada vez con más frecuencia, y carros y carruajes de todo tipo colmaban la carretera. En el cielo, blancas nubes acumuladas en diversas formas, re-

soplaban y se despeluzaban contra el cielo azul claro. Mientras se aproximaba, aparecieron las enormes murallas de las fortificaciones de la ciudad, maravillas de la ingeniería construidas para soportar los constantes ataques de los invasores desde el este. Después de las murallas, la inmensa catedral gótica dominaba la ciudad; su única dentada torre parecía extenderse hasta la mitad del cielo. Justo afuera de los portones de la ciudad, un destacamento de guardias imperiales examinaba los documentos de los viajeros que deseaban ingresar a la ciudad.

Viena en el año 5428 (1668), a diferencia de la mayor parte de las ciudades que había conocido Elisha, era una ciudad de palacios. Subyugantes estructuras palaciegas con jardines esculpidos se erigían como joyas chillonas entre altos y hermosos edificios apretados entre sí en las calles, como precipicios alrededor de un barranco. Por un corto tiempo, Elisha recorrió las anchas e inmaculadas calles. Luego llegó a una distinta sección de la ciudad, una sección separada por una pared propia. Un portón en la pared se mantenía abierto, y un cartel sobre él anunciaba que era el distrito municipal especial de Leopoldstadt. Pasó el portón, e ingresó al gheto judío de Viena.

Los edificios del Leopoldstadt eran sórdidos y decrepitos, más altos, más angostos y más apretujados unos con otros que en el resto de la ciudad, como si cada pequeño espacio tenía que ser ocupado para vivienda o comercio. Excepto por la gris luz solar que se filtraba a mediodía, las húmedas y mohosas calles se encontraban permanentemente entre

las sombras, pero siempre atestadas de carros y de todo tipo de personas, tanto judíos como cristianos.

El carruaje de Elisha se dirigía lentamente por las calles, hacia un área levemente más residencial antes de detenerse ante una pequeña casa en Kleinbrunemgasse. Elisha descendió del carruaje, y estiró sus acalambradas extremidades.

–¡Titus! –gritó al conductor. –Acarree adentro mis valijas, luego lleve los caballos al establo. Luego tiene franco hasta mañana a mediodía siempre que me diga donde puedo ubicarlo. Me quedaré aquí con la familia Tomashov mientras estemos en Viena.

Titus descendió del asiento del conductor. Le dio una palmada a los caballos en sus ancas, gruñó y se rascó la parte posterior de su cabeza. Elisha deslizó una moneda dentro de su mano.

–Muchas gracias, Herr Ringel –dijo Titus mientras la moneda desaparecía en su bolsillo. –Supongo que me hospedaré en “El Nido del Cuervo”, como siempre. La comida podría ser mejor, pero la cerveza es como la sangre del diablo.

–¿Cree que estará sobrio para el mediodía Titus? –preguntó Elisha con una pícaro sonrisa.

–Lo suficientemente sobrio –gruñó Titus y se dirigió a las valijas. Elisha rió. Subió por el pequeño pórtico, y golpeó vigorosamente la puerta. Se escucharon ruidos de pasos en el interior, y la puerta se abrió. Un hombre de alrededor de cuarenta años se encontraba en la puerta, observando incrédulo a su huésped.

-Shalom Alejem, Iejiel –dijo Elisha, extendiendo su mano.

-He decidido aceptar su amable invitación de alojarme con ustedes cuando estuviera en Viena. Me pueden alojar en cualquier lugar. No tengo problema.

-¡Elisha! –exclamó Iejiel Tomashov, tomando la mano extendida y sacudiéndola vigorosamente.–Entra, entra. ¡Que placer tan inesperado! ¡Que huésped tan bienvenido! Ester y los niños estarán muy contentos. Se volteó y llamó a la cocina. –¡Ester! ¡Ven rápido! Tenemos un invitado.

Ester Tomashov salió bulliciosamente de la cocina, secando sus manos en una toalla.

-¡Herr Ringel! –exclamó. –¡Que maravillosa sorpresa! Ha venido para el casamiento, claro. Mi suegro viene de Varsovia, y va a estar encantado de saber que esta parando con nosotros. ¿Por qué no nos avisó que venía? Nos hubiéramos preparado para recibirlo.

Elisha se encogió de hombros.

-Nunca sé donde voy a estar, hasta que efectivamente esté ahí –dijo. –Estoy seguro que saben que no me quiero perder este casamiento. Pero una persona nunca puede saber lo que le depara el mañana, especialmente en tiempos peligrosos como los que estamos viviendo. Bueno, hace apenas cuatro semanas, era prisionero en una isla de una banda de piratas.

-¿Está hablando en serio, Herr Ringel? –preguntó Ester Tomashov, con los ojos que se salían de sus órbitas. –¿Qué pasó?

Iejiel Tomashov se rió.

–Estoy seguro que Elisha tiene muchas historias para contarnos –dijo –pero primero permitamos que coma algo y que descance sus cansados huesos.

Más tarde esa noche, Elisha se encontraba sentado en un cómodo sillón en el salón, sus pies descansando sobre un pequeño banco, y regalando a la familia Tomashov coloridos relatos sobre sus viajes. Una humeante tetera y una brillante taza de porcelana se encontraban frente a su codo.

Iejiel y Ester Tomashov se encontraban sentados en el sillón, guiñándose los ojos ocasionalmente, cuando Elisha añadía toques fantasiosos a sus historias, para deleite de los dos niños. Netzaj, el mayor de doce años, se respaldaba contra la pared con una expresión de premeditado aburrimiento en su cara, pero igual escuchaba atentamente. Geulah, la niña de seis años, sentada en la alfombra, sus ojos y boca muy abiertos, absorbiendo cada palabra que decía Elisha.

–Cuéntenos sobre los piratas Herr Ringel –le rogó Geulah. –Papá nos dijo que fue capturado por piratas. Por favor cuéntenos. Por favor.

Elisha miró a Iejiel, acusándola en broma.

–¿Por qué les contó, Iejiel? –preguntó. –Usted sabía que me iban a rogar que les cuente, pero la historia es demasiado aterradora para ellos.

–Oh, por favor cuéntenos –exclamó Geulah. –No me importa que tan aterradora sea. No tiene importancia. Estamos todo aquí a salvo en Viena, muy lejos de ningún pirata.



–Bueno, pienso que no hará daño –dijo Elisha acariciando su barba pensativamente. –¿Qué dices Netzaj? ¿Quieres escuchar sobre los piratas?

El niño asintió en silencio.

–Muy bien, entonces, les contaré.

Se sirvió una taza de té, dijo la berajá, y bebió un poco.

–Todo comenzó hace aproximadamente cinco semanas en Egipto –dijo. –En la ciudad portuaria de Alejandría. Ya había pasado varios meses comprando especias y café en distintas ciudades de Turquía, Arabia y Egipto, y estaba ansioso por volver a casa. Había arreglado que envíen todas mis compras a Alejandría, y compré un pasaje en un barco inglés. El capitán del barco era un hombre llamado Mortimer Fletcher, un honesto y confiable marino que conocía hace muchos años.

–El día que debía zarpar el barco, llegué al muelle temprano a la mañana, pero hubo una inesperada demora. Mientras esperábamos, decidí ir al shuk con dos de los pasajeros, un par de franceses vestidos con sencillez. Si uno cuenta con un poco de tiempo para curiosear, se pueden encontrar objetos muy interesantes en esos shuks árabes. Pensé que podría encontrar atractivos regalos para mi esposa e hijos.

–Bien, mientras caminábamos por el shuk, tuve una extraña sensación, como si nos estuviesen vigilando. Mis compañeros del barco, no parecían darse cuenta, pero yo podía sentirlo. Verán, mi instinto para éste tipo de cosas está muy

desarrollado; me ha salvado en más de una ocasión. Me di vuelta en forma disimulada, y miré a mí alrededor. Nadie nos estaba observando directamente, pero había todo tipo de personas en el shuk. Turcos, árabes, europeos, hindúes, africanos. Cualquiera de ellos nos podría estar vigilando. ¿Pero por qué habrían de vigilarnos? Miré a mis compañeros. Parecían viajeros comunes. Debe ser mi imaginación, me dije. Me encogí de hombros, y continué caminando por el shuk, pero la sensación se negaba a abandonarme. ¡Alguien nos estaba vigilando! Estaba seguro.

Elisha hizo una pausa antes de continuar. Su audiencia esperaba aguantando la respiración.

–Después de un tiempo, decidimos volver al barco –dijo Elisha. –Apenas habíamos salido del shuk, e ingresado en las angostas y tortuosas calles que conducían al muelle, murmuré una excusa, y me adelanté a mis compañeros. Continué velozmente por la calle hasta que estaba casi vacía. Luego me escondí en una entrada. Estaba completamente escondido, pero tenía una excelente visión de la calle.

–Unos minutos más tarde, aparecieron mis compañeros. Estaban caminando lentamente, hablando entre ellos y riéndose. Su risa se seguía escuchando mucho después que hubieran desaparecido. Aparte de ellos, la calle se encontraba vacía. No había nadie a la vista.

–Estaba a punto de salir de la entrada, cuando escuché un sonido muy leve. Miré para afuera y vi a un hombre alto que caminaba por la vereda de la sombra. Era un hombre de aspecto extraño. Estaba vestido como un árabe, pero se

había quitado el kaffiyeh de la cabeza. El hombre era obviamente un alemán. Pálido, ojos casi sin color, una cara roja y cabello amarillo. Por su sigiloso andar y su mirada clavada al frente, supe que estaba siguiendo a mis compañeros. Pasó muy cerca de mí, tan cerca que lo podría haber tocado. Olía a cerveza rancia y a salchichas. Había algo perverso y maligno sobre él, un aire diabólico que me causaba temblores en la columna. Conocía muy bien a su especie; vi a muchos de ellos vagando por todos los puertos de África. Mercenarios alemanes al servicio del patrón que más oro poseía.

—Esperé hasta que saliera de mi vista. Luego corrí hacia el barco por otro camino, llegando justo antes que mis compañeros. Observé desde el barco como llegaban al muelle, y subían al barco. El alemán alto se detuvo en las sombras del último edificio, y observaba. Se mantuvo allí durante largo tiempo, mirando fijamente al barco, como si estuviera memorizando cada detalle. Luego se dio vuelta, y desapareció entre las calles de Alejandría, que parecían laberintos.

—Temblando interiormente, busqué a mis compañeros, y les relaté lo que había visto. Estaban conmocionados. Sus rostros se volvieron pálidos como la clara del huevo. Les pregunté si podría ayudarlos de alguna manera. Se miraron unos a otros como preguntándose si podían confiar en mí, y luego decidieron contarme.

—No eran de ninguna manera comerciantes franceses, como ya me había dado cuenta. Uno de ellos era el Conde

Jean Baptiste du Beauchamps, un diplomático al servicio de la embajada francesa en Suecia, y el otro su ayudante de confianza. Recién habían concluido una ronda de delicadas negociaciones con los turcos, y retornaban con importantes documentos secretos. Viajaban de incógnito para mantener el secreto y la seguridad. Y ahora, parecía, habían sido descubiertas sus identidades, y mercenarios sedientos de sangre seguían sus rastros. Era el fin.

–Les aseguré que no era el fin. Todo lo que tenían que hacer era exponerse claramente en la cubierta del barco antes que zarpe, y luego arreglar con el barco del piloto de la bahía para volver al puerto. Los mercenarios creerían que habían partido con el barco, y ellos estarían libres para contratar secretamente un pasaje en otro barco. Ajem, verán, yo utilicé este truco un par de veces cuando me encontraba en situaciones difíciles.

–Un generoso obsequio persuadió al capitán Fletcher de hacer los arreglos especiales con el piloto. Zarpamos avanzada la tarde, y cuando el diplomático francés y su ayudante retornaron, ya estaba bastante oscuro. Nadie pudo haberlos visto retornar.

Elisha se detuvo para beber un poco de té. Se había enfriado, y su sabor era amargo.

–Bien, continuando con la historia, la segunda mañana de navegación, fuimos atacados por un barco pirata. Apareció de atrás de una isla, como una negra bruja de mar, volando sobre las crestas de las olas, sus negras velas hinchadas por el viento marino. El capitán intentó escapar viento en

popa, pero dos cañonazos cerca de la proa y un tercero que impactó el palo mayor, provocaron que el capitán cambie de idea. El barco rengueó hasta la isla, escoltado por el barco pirata. Pensamos que seríamos todos masacrados inmediatamente, pero no lo hicieron.

–Los piratas nos reunieron en la playa de la isla y montaron guardia sobre nosotros. Parecían estar esperando algo. Luego de varias horas, llegó. Un estilizado barco de carrera fondeó cerca de la isla, y un bote de seis remeros acercó a un solitario pasajero a la playa. Era el alto alemán de Alejandría, esta vez vestido de manera más acorde con un soldado de fortuna, con un par de pistolas encajadas en sus cinturones. El capitán de los piratas, un bandido descalzo llamado Hezkabar con un asqueroso trapo atado alrededor de su cabeza, se adelantó para recibirlo.

–¡Bienvenido Herr Krautmeister! –exclamó el pirata con un formalismo exagerado, mientras el alemán descendía del bote. –Atrapamos algunos pescados para usted. Venga a elegir.

El alemán cuyo nombre obviamente no era Krautmeister, se frotó las manos encantado, mientras caminaba hacia los apretujados pasajeros, pero su rostro se desfiguró por la ira mientras nos miraba.

–¿Dónde están los demás, Hezkabar? –exigió. –¿Dónde los está guardando?

–Estos son todos, Heinrich –dijo el pirata con voz entrecortada, mirando desesperadamente a sus hombres para que lo asistan, pero nadie se animaba a enfrentar al furioso

mercenario. –Créame, Heinrich, no había otros.

–¡Imbécil! –gritó Krautmeister directamente en la cara del pirata. –¿Dónde están los franceses?

–¿Qué franceses? –tartamudeó el pirata. –Nadie nos dijo nada sobre ningunos franceses. Nos ordenaron capturar el barco, y lo hicimos. Cumplimos nuestra parte del arreglo. Ahora debe cumplir la suya. Páguenos lo que nos debe.

Krautmeister de un golpe derribó al pirata.

–Esos franceses nos han hecho pasar por tontos, Hezka-bar. –Escupió las palabras con repugnancia. –Los pescados han escapado de nuestras redes. ¡Ja! No te pagaré nada. Si yo no cobro, tu tampoco cobras. Te dejaré aquí con los pescados que has atrapado. Disfrútalos. Al que se atreva a seguirme le volaré la cabeza.

Sacó sus dos pistolas, y apuntándolas a los piratas, caminó hacia atrás hasta su bote. Mientras tanto, los seis remeros portaban mosquetes (armas de fuego), y los estaban apuntando a los piratas. Heinrich Krautmeister retornó a su barco y partió, dejándonos en la isla con nuestros furiosos captores.

–Bien, les diré una cosa, niños. Cuando le sugerí a los franceses en Alejandría que engañen a Krautmeister para que piense que estaban a bordo, nunca se me ocurrió que Krautmeister intentaría capturarlos en el mar. Pensé que no descubriría el error hasta que hayamos desembarcado en Italia, y para ese entonces, yo estaría completamente fuera de su camino. Pero aquí estaba, prisionero en alguna isla

desamparada, mi vida en el mayor de los peligros. Permita que se lleven toda mi preciosa mercadería, le rogué al Ribono Shel Olam con todas mis fuerzas, pero por favor no dejes que me maten. Mi esposa e hijos nunca se recuperarían.

Elisha se detuvo para acariciar su barba.

–¿Y luego que pasó Herr Ringel? –dijo suavemente la pequeña Geulah Tomashov. –¿Cómo escapó de los piratas?

–El final de la historia no es tan interesante, lamento decirles –dijo Elisha riéndose. –Luego de haber sido humillados por Henrich Krautmeister, Hezkabar y los piratas perdieron interés en nosotros. Se adueñaron del dinero y las joyas que pudieron encontrar y nos dejaron abandonados en la isla. Tres días después, nos rescató otro barco que también se dirigía a Italia. Y ese es el final de la historia.

–Cuéntenos otra historia, Herr Ringel –imploró Geulah. –Solo una más.

–Ester Tomashov se puso de pie y tomó a su pequeña hija del brazo.

–Has tenido suficiente por una noche, Geulah –dijo fingiendo severidad. –Es hora que vayas a dormir. Di buenas noches y ve a la cama. Yo subiré contigo.

Con mucho desgano, Geulah subió lentamente las escaleras, con su mano calzada dentro de la de su madre.

–¿Y tu Netzaj? –preguntó Iejiel. –Tal vez tu también debas ir a dormir ahora.

–Todavía no estoy cansado –murmuró el niño. Tomó una